

## JORGE LUIS BORGES

### EL OTRO LADO DEL JARDÍN

Siempre presentimos que la obra de Borges ocultaba otro libro –Mallarmé decía que todo nos lleva a un libro–, siempre pensamos que el laberinto del que tanto hablaba era la metáfora de su propia creación, *la variada invención de rasgos proféticos*<sup>1</sup>, el cúmulo de significados que había que buscar y encontrar. El libro que hemos hallado entre sus páginas es un laberinto de laberintos. Más nos convencimos de ello cuando leímos en «El jardín de senderos que se bifurcan» que esta narración de Ts'ui Pên era *una enorme adivinanza o parábola*<sup>2</sup>. Dos voces clave, *adivinanza y parábola*, para empezar a comprender la estrategia borgesiana de vaciarse en palabras. Siempre le impresionó a Borges que Cristo pensara mediante parábolas, es decir, que mediante narraciones de sucesos fingidos los demás dedujeran, por comparación o semejanza, una gran verdad. Entonces, nos invita a descubrir su verdad de diferentes maneras, pues un libro es, sin duda, infinito con múltiples lecturas y con múltiples lectores. Borges aspira, con su obra adivinanza, con su obra parábola, a que el hombre tenga un propósito ético, estético e intelectual; a que deje a un lado la máscara de la hipocresía, ese frágil y lamentable fingimiento humano, y que abrace la virtud, es decir, el valor para enfrentar la vida con las armas de la verdad, y haga bien lo que debe hacer, aunque eso sea efímero y esté condenado al olvido: *Que cada hombre construya su catedral*<sup>3</sup>. De ahí el uso de la metáfora y de la sentencia, los dos aspectos más importantes de su pasado ultraísta.

---

<sup>1</sup> «Dos notas. El acercamiento a Almotásim», *Historia de la eternidad*, Obras Completas, Tomo I, Barcelona, EMECÉ, 1989, p. 417.

<sup>2</sup> *Ficciones (1944)*, Obras completas, Tomo I, ed. cit., p. 479.

<sup>3</sup> Jorge Luis BORGES y Antonio CARRIZO, *Borges el memorioso*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 126.

Cuando leímos los *Poemas de Kabir*, de Rabrindanath Tagore, encontramos una cita cuya esplendidez es, desde nuestro punto de vista, el pórtico para el estudio de la palabra de Borges, de «esa prosa de concisión espartana», como la definió admirablemente Alicia Jurado<sup>4</sup>. El texto dice así: «Su universo es la Ciudad de la Verdad. Fascina el corazón el laberinto de sus calles intrincadas. Se puede llegar al final sin cruzar el sendero, en un juego que no termina nunca»<sup>5</sup>. En Borges ese juego no tiene fin, porque el pensamiento es infinito, y «el estilo —como dijo poéticamente Juan Ramón Jiménez— es el único camino de nuestro espíritu, el hilo de nuestro laberinto, nuestra “corriente”»<sup>6</sup>. Ese hilo ha llevado a Borges desde las tinieblas del mundo hasta la luz de sus reflexiones, de sus sentencias, que, quizá inconscientemente o no tan inconscientemente, confluyen en la búsqueda espiritual del Principio de todas las cosas: *Nuestro hermoso deber es imaginar que hay un laberinto y un hilo*<sup>7</sup>. La escritura es un arte, y este, una *prefijada costumbre de pensar la hermosura*<sup>8</sup>.

Varias confesiones borgesianas explican, con exactitud, su inclinación a la sentencia: su admiración por el mundo griego, sus gozosos estudios de latinidad —*una incurable nostalgia del latín*<sup>9</sup>—, su interés por la Edad Media, su crianza en un ambiente bíblico<sup>10</sup>, la lectura del

---

<sup>4</sup> «Jorge Luis Borges», en *Homenaje a Jorge Luis Borges*, Anejos del BAAL, Anejo I, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1999, p. 86.

<sup>5</sup> «Poema LXXVI». Traducción de Zenobia Camprubí de Jiménez, Barcelona, Plaza & Janés, 1979, p. 176.

<sup>6</sup> *Ideología (1897-1957)*, Barcelona, Anthropos, 1990, p. 240.

<sup>7</sup> «El hilo de la fábula», *Los conjurados (1985)*, Obras Completas, Tomo III, ed. cit., p. 481.

<sup>8</sup> «Ascasubi», *Inquisiciones*, Buenos Aires, Proa, 1925, p. 56.

<sup>9</sup> «Aquel», *La cifra*, Obras Completas, Tomo III, ed. cit., p. 299.

<sup>10</sup> Dice Borges: «... el lenguaje inglés coloquial está lleno de sentencias bíblicas. Y [...], mi abuela —cuya familia era de predicadores metodistas— sabía de memoria la Biblia» (Jorge Luis BORGES y Osvaldo FERRARI, «Sobre el humor», *En diálogo I*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, p. 158).

*Martín Fierro*, de *Las Mil y Una Noches*, de la obra de Quevedo, de Gracián y de escritores ingleses; su curiosidad intelectual por la filosofía china, la filosofía india y el budismo. Como es continuamente autobiográfico y escribe para producir algo que lo satisfaga, su obra<sup>11</sup> contiene otra –detrás de un libro siempre hay otro libro u otros libros–, la que nos comunica con su experiencia de vida, con sus memorias, con su saber. Él, que ha *paladeado numerosas palabras*<sup>12</sup>, quiere que la obra final de su vida sea un libro de reflexiones<sup>13</sup> generales y, por ende, un reencuentro con el espíritu, un descubrimiento del *harmonicum tempus animae*, para que el hombre piense, *sin adjetivos*<sup>14</sup>, en lo esencial, para que trate de resolver este mundo al darle su propio sentido a lo que lee, para que tenga conciencia de sí y comprenda que el camino de la sabiduría es el conocimiento, y que la única salvación que tiene es la cultura<sup>15</sup>, que no se entiende sin la ética.

Descubrimos su afán sentencioso cuando comenzamos a releer su obra. Nos dice: *El mundo es unas cuantas tiernas imprecisiones*<sup>16</sup>; ... *cada palabra abarca un lugar en la página y un instante en la mente del lector...*<sup>17</sup>; *Tuya será también la certidumbre de que el Tiempo se olvida de sus ayeres y de que nada es irreparable o la contraria certidumbre de que los días nada*

---

<sup>11</sup> Dice Borges: «... no sé si tengo obra, así en el sentido de conjunto. Cuando he escrito algo, generalmente no he pensado en lo anterior. Los críticos, en cambio, han señalado repeticiones inevitables, porque al final uno inventa cuatro o cinco cosas y luego se dedica al juego de variaciones» (M. P. MONTECCHIA, *Reportaje a Borges*, Buenos Aires, Crisol, 1977, p. 103).

<sup>12</sup> «Mi vida entera», *Luna de enfrente* (1925), Obras Completas, Tomo I, ed. cit., p. 70.

<sup>13</sup> En la narración «La busca de Averroes», habla, entre paréntesis, de «mis reflexiones» (*El Aleph* (1949), Obras Completas, Tomo I, ed. cit., p. 586). En su *Autobiografía 1899-1970*, escribe: «También quiero escribir un libro sincero e informal de opiniones, caprichos, reflexiones y herejías personales».

<sup>14</sup> M. P. MONTECCHIA, *op. cit.*, p. 118.

<sup>15</sup> Borges sostiene que la cultura debe ser salvada de la barbarie.

<sup>16</sup> «Manuscrito hallado en un libro de Joseph Conrad», en *Luna de enfrente*, Obras Completas, Tomo I, ed. cit., p. 64.

<sup>17</sup> «Guayaquil», en *El informe de Brodie*, Obras Completas, Tomo II, ed. cit., p. 440.

<sup>18</sup> «Elegía», en *Los conjurados* (1985), *op. cit.*, p. 466.

*pueden borrar y de que no hay un acto, o un sueño, que no proyecte una sombra infinita*<sup>18</sup>; *La poesía es conspiración hecha por hombres de buena voluntad para honrar el mundo*<sup>19</sup>. Sentimos, entonces, con la alegría de una revelación, que el escritor argentino, ávido, curioso, casual, nos quería decir más de lo que decía, que algo escondían sus palabras. Una lectura literal era vana, sobre todo, si teníamos en cuenta su significativa afirmación: ... *el eventual artista es un hombre que bruscamente ve*<sup>20</sup>. Y ese «ver» del que acostumbra a pensar rebasa la propia acepción de la palabra, porque Borges ve con todo el cuerpo y con toda el alma, y es también los que fueron, *todos los muertos que convergen en cada hombre y que no han muerto, de algún modo*<sup>21</sup>. Para él, todo libro dice algo distinto de lo que leemos, ya que corresponde a la experiencia de su autor. Por lo tanto, todo libro es secreto<sup>22</sup>, y el encuentro del lector con el libro es poesía, es decir, creación.

Todo texto debe ser como un Proteo, «poseedor del don de la profecía»<sup>23</sup>, es decir, tomar diversas formas (*...nuestro tigre tiene formas / que cambian sin parar...*<sup>24</sup>), pues la lectura es un acto tan creador como la escritura (*la rosa se convierte en otra rosa*<sup>25</sup>). El hombre que abre un libro y lo lee lo resucita, lo deja vivir, entonces ocurre el segundo hecho estético: el lector, conmocionado, recrea el tema que ha conmocionado al autor y vuelve a recrearlo cada vez que

---

<sup>19</sup> «Gongorismo», *Textos recobrados 1919-1929*, Barcelona, EMECÉ, 1997, p. 327. Esta sentencia es clave para comprender el significado de su último libro: *Los conjurados*.

<sup>20</sup> «Un monumento», *Atlas*, Obras Completas, Tomo III, ed. cit., p. 423.

<sup>21</sup> Jorge Luis BORGES y Antonio CARRIZO, *Borges el memorioso*, ed. cit., p. 109. Walt Whitman decía que contenía muchedumbres (*ibidem*, p. 117).

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 91.

<sup>23</sup> «Proteo», *La rosa profunda*, en Obras Completas, Tomo III, ed. cit., p. 96.

<sup>24</sup> «Simón Carbajal», *ibidem*, p. 93.

<sup>25</sup> «Nubes (I)», *Los conjurados*, *op. cit.*, p. 478.

lo lee para que se cumpla la sentencia borgesiana: la página vive *más allá de la mano que la escribe*<sup>26</sup>. Borges defiende, entonces, una teoría de la lectura como reescritura<sup>27</sup>.

Por eso, nos dice que, en el principio de toda literatura, que parte del verso, de la épica, está el mito, lenguaje natural de los griegos, y que este *es una ficción, un sueño, una fábula, que se lee como si fuera capaz de muchas interpretaciones; y como si tuviera un sentido necesario*<sup>28</sup>; ... *cada versión nueva es un nuevo mito*<sup>29</sup>, real dentro de su misma irrealidad. Así Borges hace literatura de la literatura y refrenda *con opiniones ajenas lo que es un convencimiento propio*<sup>30</sup>. Al compartir sus obras con los lectores, confirma que, si una obra es buena, tiene que vivir más allá de la muerte corporal<sup>31</sup> de su autor. Nos habla, entonces, de la libertad de pensar y de repensar, otra forma de la felicidad desde el silencio pródigo que crea el acto de la lectura, donde nacemos otra vez, pero de nosotros mismos.

La sentencia borgesiana, cuya metáfora son los blancos unicornios –vida y renunciación a la vida, amor y renunciación al amor por fidelidad a ambos–, tiene su raíz en la tragedia que vive el hombre, siempre encadenado a un destino inexorable, libre, pero sin libertad. Cada sentencia evoca, entonces, las ansias de encontrarse con la verdad mediante la razón: *No hay hombre que no aspire a la plenitud, es decir a la suma de experiencias de que un hombre es*

---

<sup>26</sup> «Enrique Banchs», *Los conjurados*, *op. cit.*, p. 483.

<sup>27</sup> María CABALLERO WANGÜEMERT, *Borges y la crítica. El nacimiento de un clásico*, Madrid, Complutense, 1999, p. 157.

<sup>28</sup> Jorge Luis BORGES y Osvaldo FERRARI, *Diálogos últimos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, p. 107.

<sup>29</sup> «Cuentos del Turquestán», en *Textos recobrados 1919-1929*, ed. cit., p. 260.

<sup>30</sup> María CABALLERO WANGÜEMERT, *op. cit.*, p. 154.

<sup>31</sup> Cfr. M. P. MONTECCHIA, *op. cit.*, p. 80.

<sup>32</sup> «Deutsches Réquiem», en *El Aleph*, *op. cit.*, pág. 579.

capaz; no hay hombre que no tema ser defraudado de alguna parte de ese patrimonio infinito<sup>32</sup>.

Cada sentencia es la afirmación de la cultura clásica, su indiscutible actualidad: *Lo esencial de lo que se ha dado en llamar mi obra es el haber difundido el amor por los clásicos*<sup>33</sup>; ... *la "actualidad candente", que nos exaspera o exalta, y que con alguna frecuencia nos aniquila, no es otra cosa que una reverberación imperfecta de viejas discusiones*<sup>34</sup>.

La obra de Borges es distinta cada vez que la leemos. La palabra más común se transforma, se enriquece y adquiere nuevas significaciones<sup>35</sup>. Se define como *hacedor más o menos mediocre de frases*<sup>36</sup>. Su hacer es una experiencia de lenguaje. En él, hay universo y lenguaje. «Virtud y limitación» –la definió Octavio Paz–, sentido de la medida, «seductora alianza de lo más simple y lo más complejo», «transparentes edificios de palabras entretejidas»<sup>37</sup> que claman por ser. Según Borges, *nombrar un sustantivo cualquiera equivale a sugerir su contexto visual*<sup>38</sup>. El sustantivo y la oración sustantiva, que despojan de ornamentos el mensaje, que evocan un orden, aparecen enlazados por un yo enfático, que ve el mundo desde otra dimensión, no la de su circunstancia, sino la del universo, un universo que quiere trascender el peso de ese universo hostigado por la duda que interroga y que niega; un universo en su primordial acepción, cuya beatitud es ser entendido. Ese sustantivo es el que colma sus sentencias para

---

<sup>33</sup> «Los clásicos a los 85 años», Jorge Luis BORGES y Osvaldo FERRARI, *Borges en diálogo*, Buenos Aires, Grijalbo, 1985, p. 208.

<sup>34</sup> «Dos libros», en *Otras inquisiciones*, Obras Completas, Tomo II, ed. cit., p. 103.

<sup>35</sup> Dice Borges: «Cada palabra le dicta a cada persona cosas distintas» (en *Borges el memorioso*, ed. cit., p. 131).

<sup>36</sup> Irma ZANGARA, «Primera época del Borges escritor», en *Textos recobrados*, ed. cit., p. 405.

<sup>37</sup> «El arquero, la flecha y el blanco», Pablo BRESCIA y Lauro ZAVALA (compiladores), *Borges múltiple. Cuentos y ensayos de cuentistas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, pp. 222-223, 225.

<sup>38</sup> «La metáfora», en *Textos recobrados*, ed. cit., p. 115.

evitar el naufragio espiritual del hombre en el ejercicio de sus silencios, y una de ellas así lo corrobora: ... *cada palabra es una invención, desde luego, individual*<sup>39</sup>. Ese sustantivo sin estridencias –soledad, amor, tiempo, sombra, «la constancia del agua»<sup>40</sup>–, que prima en el mar de su obra, es el ancla que lo salva, la esperanza de eternidad, pues piensa, como Unamuno, que el sustantivo da eternidad<sup>41</sup>. Es fuerte por sí solo, en cambio, el adjetivo debilita. A pesar de esta afirmación, usa con frecuencia el adjetivo explicativo –menos, el especificativo– con intención de belleza, para que el lector repare en el sustantivo<sup>42</sup>: *los altos lobos, un silencioso ajedrez, un odiado laberinto, el íntimo cuchillo, el inasible tiempo, incesante espejo, la abstracta noche, unánime noche, sentenciosas calles, el café insomne*.

Borges es un escultor intelectual que va dando forma a sus ideas, un hombre de pensamientos, no un pensador. Cada sentencia responde a una faceta de su pensar. No se hace preguntas, sentencia, pero como conocemos su disposición para el diálogo, hay en cada una un llamado para que el hombre piense, porque pensando se crea la vida, y en ese llamado, una intención dialogística que nace de su propia relación consigo mismo, pues se ensimisma en su subjetividad. Sentencia, pues, para instruir al hombre en el pensar. Decía, con acierto, Enrique

---

<sup>39</sup> Jorge Luis BORGES y Osvaldo FERRARI, «Sobre Baruch Spinoza», en *Diálogos últimos*, ed. cit., p. 55.

<sup>40</sup> «La busca de Averroes», en *El Aleph*, op. cit., p. 582.

<sup>41</sup> *Cancionero. Diario Poético*, Buenos Aires, Losada, 1953, p. 60. Por eso, dice Borges que él ha cantado lo eterno (Cfr. «Casi Juicio Final», en *Luna de enfrente*, op. cit., p. 69).

<sup>42</sup> Recordemos estas palabras de Juan Ramón Jiménez: «El sustantivo es la virtud, el adjetivo el vicio. Como el vicio, el adjetivo nos atrae, sensual, chocante, femenino. ¡Y caemos en él tan a gusto, tan a gusto, tan a gusto! Toda la obra está llena de adjetivos como la vida de caídas. Frente a la aurora, uno propone no caer, pero ¡quién puede libertarse de las redes de la siesta, del ocaso y de la noche! El sustantivo es la verdad propia, el amor completo. El adjetivo es lo otro, los otros, otro todo, todo, todo» (*Ideología (1897-1957)*, ed. cit., p. 283).

<sup>43</sup> «Borges y su concepción del mundo», en *Homenaje a Jorge Luis Borges*, Anejos del BAAL, Anejo I, ed. cit., p. 18.

Anderson Imbert que «lo profundo sería instalarnos dentro del pensamiento de Borges»<sup>43</sup>. Tal vez así, podríamos extraer de cada sentencia una fórmula: examen interior de sí mismo + voluntad de diálogo + examen interior del otro. Borges une el diálogo con la escritura; quiere pensar como si hablara. Una de sus astucias consiste en «simular pequeñas incertidumbres; narrar los hechos como si no los entendiera del todo»<sup>44</sup>; mientras, hace que lo temporal sea eterno: ese es el prodigio de su literatura.

Cada sentencia es, entonces, diálogo, es decir, palabra compartida, saber como ética y como estética. Virtud y cosmos, orden interior y orden exterior para comprender que todas las cosas son conocimiento.

La sentencia borgesiana es compendiosa; reúne, en su brevedad, muchos significados. Escribe el autor de *Ficciones: Escritor que nunca nos habla de la pasión, del misterio del tiempo, de la muerte, no es escritor: es hombre que piensa en blanco o siente en blanco o imagina en blanco páginas simuladas y al que nunca le escuchamos la voz*<sup>45</sup>.

Sus mensajes sentenciosos nos dicen que deben renacer los valores perdidos, y que cada hombre tiene el deber de ser justo y feliz. Tal vez, por eso, cuatro palabras clave emanan de sus sentencias: libertad, justicia, verdad y ética. Desde su escritura, nos dice: *Está bien que se lean los libros por las verdades que encierran, pero también es lindo leerlos en busca de maravillas, por lo bueno e interesante que sería que las cosas fueran así*<sup>46</sup>.

---

<sup>44</sup> Rafael Felipe OTERIÑO, «La escritura como una forma de la felicidad», en *Homenaje a Jorge Luis Borges*, Anejos del BAAL, Anejo I, ed. cit., p. 150.

<sup>45</sup> «Nota bibliográfica al “Júbilo y miedo” de Ipuche», en *Textos recuperados*, ed. cit., p. 265.

<sup>46</sup> Pilar BRAVO y Mario PAOLETTI, *Borges verbal*, Buenos Aires, EMECÉ, 1999, p. 124.

<sup>47</sup> Jorge Luis BORGES y Osvaldo FERRARI, «Sobre la personalidad y el Buda», *Diálogos últimos*, ed. cit., p. 160.

Con sus sentencias, Borges ha escrito el libro de la esencialidad –*una persona [...] puede dar sabiduría y no tenerla*<sup>47</sup>– y ha dejado, en este mundo desacralizado y despoetizado, herido por la hipocresía<sup>48</sup> y por el delito de la violencia, un bien espiritual, para que su lectura sea *algo no menos vívido que cualquier otra experiencia humana*<sup>49</sup>. En la Edad Media latina, Alain de Lille se refiere al «libro de la experiencia» –cada hombre es un libro<sup>50</sup>–, concepto que, desde nuestro punto de vista, se adecua a la intención borgesiana de concebir literariamente el mundo y el hombre como un libro escrito con el verbo del alma y el fervor de la imaginación.

Su voz sentenciosa consagra la literatura como pasión y como sublime necesidad: *Creo que detrás de lo que escribo hay algo*<sup>51</sup>. Ese algo es lo que llamamos «el otro lado del jardín».

Con este nuevo libro de sentencias no publicado, oculto en sus vastas e incesantes páginas<sup>52</sup>, Jorge Luis Borges ingresa en la literatura sapiencial y corrobora el concepto bíblico de la pervivencia del sabio<sup>53</sup> –del que se consagra al saber– entre todos los hombres del universo para

---

<sup>48</sup> Dice Borges: «... el hecho de que haya hipocresía es un progreso también, porque si hay hipocresía, significa que hay conciencia del mal, lo cual ya es algo: los que obran mal saben que obran mal, y eso ya es un adelanto. Solía decirse que la hipocresía es un homenaje que el mal hace al bien, o el vicio a la virtud» (Jorge Luis BORGES y Osvaldo FERRARI, «Sobre la historia», en *En diálogo I*, ed. cit., p. 220).

<sup>49</sup> «Conrad, Melville y el mar», *ibidem*, pp. 53-54.

<sup>50</sup> *Omnis mundi creatura / quasi liber et pictura / nobis est et speculum* (Cfr. Borges, Madrid, Biblioteca Nacional, 1986, p. 105).

<sup>51</sup> Jorge RUFFINELLI, «Borges juzga a Borges», en *Jorge Luis Borges, el último laberinto. Testimonios y estudios entre la memoria y el olvido* (Coordinador: Rómulo Cosse), Montevideo, Linardi y Risso, 1987, p. 356.

<sup>52</sup> Escribió Borges acerca de los libros de H. G. Wells: «Pienso que habrán de incorporarse, [...], a la memoria general de la especie y que se multiplicarán en su ámbito, más allá de los términos de la gloria de quien los escribió, más allá de la muerte del idioma en que fueron escritos» («El primer Wells», en *Otras inquisiciones*, op. cit., p. 77). Lo mismo decimos de las obras de nuestro escritor.

<sup>53</sup> *Daniel*, 12:3 (Sagrada Biblia, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1969, p. 1167). Escribe Borges: «¿Qué me impide soñar que alguna vez / descifré la sabiduría / y dibujé con aplicada mano los símbolos?» («El guardián de los libros», *Elogio de la sombra (1969)*», Obras Completas, Tomo II, ed. cit., p. 378). En su entrevista con Dante Escóbar Plata, dice: «Yo no veo otro camino para adquirir sabiduría sino el camino del conocimiento y la información» (*Las obsesiones de Borges*, Buenos Aires, Distal, 1989, p. 29).

<sup>54</sup> «La otra muerte», en *El Aleph*, op. cit., p. 575.

recuperar la vista perdida: ... *consiguió lo que anhelaba su corazón, y tardó mucho en conseguirlo, y acaso no hay mayores felicidades*<sup>54</sup>.

---